sino solamente para la monotonía que puede ofender á la vista. Si esto es arte, júzguelo por sí propio el imparcial criterio...

«El movimiento de los brazos depende de las ideas que se expresan; y como éstas pueden variar y varían, claro está que aquel movimiento debe atenerse á las exigencias de esta variación de ideas y de afectos». Conforme á la significación de éstas, los brazos y las manos «rechazan, atraen, abrazan; parece que quieren asir las almas para elevarlas sobre las vulgaridades de este mundo; caen sobre ellas para hacerles sentir el peso de un argumento decisivo; crúzanse en ademán de contener y regular la explosión de vivos sentimientos; se desplegan y se extienden para dejar salida al ímpetu de la pasión oratoria; elévanse al Cielo implorando, y se ciernen sobre la tierra evocando las bendiciones de lo alto (1).

Y bastan estos principios generales, y no somos partidarios de la balumba de reglas, donde se quieren atraillar los movimientos del orador en la manifestación espontánea y libre de sus multiplicados y muy diversos afectos.

«Supongamos que el orador, decimos con el *Tratado de Declamación*, dirige un apóstrofe al pecador para moverlo al arrepentimiento, y lo hace con la energía propia del que, en fuerza de su autoridad, le echa en cara los desvíos; ¿producirá igual efecto este apóstrofe si, en contraste de la energía de las palabras, se nota lenidad en la acción...? Claro está que no. En una situación como ésta dígase al orador que deje como pegada en el *antepecho del púlpito* la mano izquierda: que no levante la derecha á mayor altura del pecho; y prácticamente podrá comprenderse que la energía de la frase

(1) Monsabré: *Acción*.—Conforme á los consejos que D. Antonio Cordero, en su *Escuela completa de Canto*, da á los cantantes de teatro, el orador deberá accionar con el brazo izquierdo con preferencia al derecho, cuando da la derecha al público (que no es raro cuando el púlpito está al lado del Evangelio); porque con el brazo derecho cubriría á los ojos de los oyentes parte de su propia figura. Si al principio del sermón, ó durante él, el orador tuviese necesidad de quitarse el bonete, conviene que lo haga con naturalidad y modestia, y cuidando de que, al efectuarlo, dicha prenda no pase por delante de su cuerpo por la razón susodicha. Si se hubiese de tener mucho tiempo en la mano, no parece haber inconveniente en que se pase de una á otra mano, en ocasiones oportunas, especialmente si se acciona.

mal secundada por la acción pierde toda su fuerza... Por eso abogamos por una acción libre de incómodas trabas que nada valen ni significan nada...»

Repitamos: lo que ha de evitarse son las exageraciones: agitar continuamente los brazos y en todas direcciones, como energúmenos; elevarlos todo lo posible, como quien se ahoga; ó extenderlos hasta todo su alcance, fuera de unos pocos casos; tales serían, pongo por razón de ejemplo, el querer expresar el inexplicable amor del Divino Redentor clavado en la Cruz, etc. etc.; ó cuando el entusiasmo del alma apasionada se desborda con fuerza irresistible.

No nos parecería exagerado, si un predicador, dentro de la iglesia, en descampado ó en medio de peñascales, absorto por la contemplación de las grandezas y magnificencias del Soberano Señor Dios, semejase á aquel buen sacerdote (pintado por Pereda) quien, subido á un monte altísimo desde donde se contempla un inmenso y riquísimo panorama de la Naturaleza, con sus ojos resplandecientes y su boca entreabierta, púsose á contemplarlo en todas direcciones con los brazos extendidos, como si quisiera dar de aquel modo la medida de su magnitud. Se descubrió la cabeza, cuyos cabellos grises flotaron en el aire; elevó al cielo la mirada y la mano con sombrero y todo, y exclamó con voz solemne y varonil que vibraba con extraño son en el silencio imponente de aquellas alturas majestuosas:

«Excelsus super omnes gentes, Dominus, et super coelos gloria ejus» (1).

2 Cuanto á los movimientos de las *manos* no son de rechazar las reglas que se dan para los actores escénicos, es á saber: «para la simple narración y expresión sencilla de pensamientos comunes no se alargarán más arriba del hombro; para ideas animadas y las pasiones en general, se podrán elevar hasta la cabeza; pero sólo en casos de afectos extraordinarios, una cólera extremada, una determinación repentina ó la percepción de lo sublime ó la tendencia á un objeto que viene de lo alto, pasarán las manos de la línea de la cabeza», porque la pasión sabe más que la regla (2).

Para la belleza de los movimientos de las manos conviene indicar algunas reglas que, con parecer ridículas niñerías, «deben atender, dice Blair (3), todos los que estudian la gracia del gesto y acción oratoria».

(1) Salmo CXII, 4. V. *Peñas Arriba*, XI.
(2) Cap. VIII, *Accionado*.
(3) *Lecciones de Retórica* y *Bellas Artes*, traducción de Munárriz.

Con buen gusto se dice que los movimientos de los brazos y manos han de ser generalmente curvilíneos, pudiendo ser rectos sólo en casos de un pensamiento ó de afecto ó impresión repentinos... Para mejor comprensión de ésto queremos traer aquí una teoría del movimiento que tomamos de la *Belleza* del P. Yungman: «Hogarth ha escogido dos líneas de las cuales depende principalmente la belleza de la figura. La una es *ondulante* ó una línea curva parecida algo á la letra S. Hogarth llama á esta línea *línea de la belleza*... La otra línea llama *línea de la gracia* y es la *espiral*... Todas las líneas, dice Herder, han de ocupar un término medio entre la circunferencia y la recta, y más ó menos próxima á la una ó á la otra, según la parte que toca á la solidez ó al movimiento... En general, dice Blair, el movimiento en línea recta no es tan bello como en una dirección ondulatoria; y el movimiento hacia arriba por lo común es mucho más agradable que el de hacia abajo. Aquel es el movimiento suelto y *ondulatorio* y el *espiral* de la *llama* del fuego, expresión de nuestra libertad y principio de los movimientos graciosos».

El complemento de la belleza de los ademanes en los brazos y en las manos, está en los movimientos llamados *indicativos*, y son los que señalan los objetos que expresamos con los labios. Para cuyo entendimiento queremos traer á esta página algunos sabios consejos del insigne orador sagrado tantas veces alegado. «Si os dirigís *ex profeso* al auditorio, le interrogáis, instáis, exhortáis, animáis, reprendéis, amenazáis, á él naturalmente han de dirigirse los brazos. Mas la posición de las manos no ha de ser siempre la misma. Exponéis una verdad clara y obvia: presentad la palma de la mano hacia el oyente, como páginas de un libro para que lea. Queréis explicar algo difícil: volvedla hacia vuestro rostro, cual si buscarais el nudo de la dificultad. Desarrolláis un argumento: colocada horizontalmente se vuelve hacia arriba, como para apoyar y sostener cada una de las razones que exponéis; y al imponer las conclusiones, se vuelve hacia abajo, y pesa sobre la cabeza de vuestros oyentes. Queréis expresar acumulación, unión, encuentro: se acercan las palmas y se unen, vueltas una hacia la otra. Decidís, separáis, repudiáis: se vuelven hacia fuera y se alejan entre sí. A esto llamaba el profesor Delsarte, en una de sus originales lecciones, *cubo del accionado*. Hay otra multitud de movimientos de brazos y manos para denotar piadosa veneración, respeto profundo, convicción, noble confianza, esperanza, deseos, temor, indignación, horror, santas expansiones de la caridad; y, en una palabra, todas las impresiones, pasiones y sentimientos de una alma apostólica. No me detendré á describirlos, ya que el sentido común, el buen gusto, la observación y el ejercicio os lo enseñarán, y el hábito los fijará en vuestra acción oratoria. Baste por todo una sencilla advertencia: *la acción ha de expresar siempre algo, expresarlo con motivo y de perfecto acuerdo con la palabra*» (1).

Todas las reglas que se dan acerca de tales ademanes, que son por otra parte el mayor escollo de los oradores, se pueden reducir á tres:

a) Acciónese *sobriamente* con la mano; pues sería bien ridículo querer acompañar con la mano cada una de las palabras y aún algunas frases y períodos. Muchas veces basta que la mano acompañe la idea general y que más principalmente caracteriza la oración que se pronuncia.

Ponemos por manera de ejemplo: si en estas pocas palabras del P. Luis de Granada, *«¡Oh miserables oídos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh desventurados cuerpos, que ningún otro refrigerio tendréis sino llamas!»*, queremos descender al realismo minucioso y exagerado de señalar distintamente los oídos y los ojos y cualquier parte del cuerpo, sería en verdad bastante engorroso.

b) Los ademanes háganse al mismo tiempo en que se pronuncia la palabra ó toda la cláusula. No obstante, esta regla que para algunos es invariable en cuanto ningún ademán puede posponerse á la palabra oral, á veces cae bien anunciar la idea con el movimiento del brazo y de la mano antes que los labios pronuncien la palabra.

Así lo hemos observado más de una vez en un Predicador, cuyo principal mérito en el púlpito brillaba en los movimientos de las manos.

---

(1) *Fisonomía y Acción.*

c) Evítense cuidadosamente los *solecismos* que consisten, según dijimos, en que la acción no concuerde con la palabra que se expresa por los labios; y este vicio podría llamarse *antinomia*.

Ponen generalmente aquí los autores el caso del sofista Polemón que, presidiendo un certamen de las fiestas Olímpicas, privó del premio á cierto representante de tragedias, porque éste pronunció «*¡Oh Júpiter!*», señalando con la mano la tierra, y *¡Oh tierra!*» alzando la mano al cielo Y díjole Polemón que había cometido un solecismo.

3-*a)* Cuanto á los movimientos de los *dedos*, el Padre Granada escribe de esta manera: «Aprobamos aquella posición de manos y dedos con que se juntan al pulgar los dos dedos siguientes, ó cuando sujetos al pulgar los otros, sólo el índice está derecho y extendido; postura de dedos que sirve para casi todo lo que decimos».

A las veces se extienden juntos todos los dedos, y es cuando arrimamos la mano al pecho ó también cuando con ella desechamos alguna cosa.

b) Los *vicios* opuestos á estas posturas elegantes son el perorar con los cinco dedos extendidos y separados unos de otros; y cuando los dedos así separados, se doblan como en ademán de querer hincar las uñas á los oyentes. Ni tampoco es muy estético el juntar los cinco dedos en sus puntas apiñadas, etc., etc.

Art. III.—Movimiento del tronco y de los pies

1 Ahora cumple recordar algo acerca de los movimientos del *tronco* ó de todo el cuerpo. En esto el Predicador prudente no olvide ni descuide estas tres reglas principales:

a) El cuerpo, según en otro lugar indicamos, esté, de ordinario, recto—*status erectus et celsus*—aunque no tanto que parezca ser de los que *incedunt quasi veru deglutissent:* nunca parezca arrimado á la pared ó columna del púlpito; ni tampoco se opoye con los codos en el mismo púlpito, que es cosa mujeril y de mal gusto.

b) El movimiento del cuerpo no sea acompasado, á modo de balancín, quiero decir, del altar á la puerta y de la

puerta al altar. Eso, fuera de ser monótono y fastidioso á los oyentes, sería expuesto á solecismos de mal gusto y aún, tal vez, blasfemos.

c) Se condena también poner tanto extremo y nimiedad en la imitación que se llegue á los límites de lo cómico. Basta que se incline un poquito hacia los oyentes al tiempo de manifestarles benevolencia y amor inspirado por la caridad, y que se sostenga recto con nobleza en lo restante del discurso, con la suavidad de movimientos que arriba se ha dicho.

Cuéntase de cierto orador que refiriendo aquel pasaje del Génesis en que el Señor preguntaba á nuestro primer Padre prevaricador: «*¿Adán, dónde estás?*», al decir que «*Adán se había escondido, lleno de horror, detrás de un árbol*», él se escondió dentro del púlpito .. *Ne quid nimis.*

Estos *vicios* no deben de ser tan raros cuando el padre Granada en su *Retórica* se lamenta con estas palabras: «¿Pues qué diré de aquellos que con pies y brazos y con el inquieto movimiento de todo el cuerpo, más parecen que luchan que no que accionan? Porque ya doblan por medio el cuerpo, ya bajándolo, se esconden dentro del púlpito, ya como que salen de él y se levantan en alto. Así, pues, como la acción desmayada carece de movimiento, así la acción demasiado viva es indecorosa y fea. Ha de haber medida en las cosas, y todos los extremos se apartan de lo recto, y ofenden á los que miran».

2-*a* Por fin, la buena postura y actitud del orador depende en gran parte de situar bien los *pies*. Sin esta precaución, dice Mauri, citado por Sánchez Peñuela (1), de fijar bien los pies el orador no puede tener ni seguridad ni aplomo ni nobleza de postura, ni firmeza ni gracia en la manera de comunicarse con su auditorio.

«Los predicadores jóvenes están muy lejos de creer que los pies concurren casi tanto como las manos al conjunto de gestos que no constituye, pero que revela singularmente la

(1) *Lección XLVI.*—Si se quieren noticias más particulares y extensas puede verse el *Tratado de la Predicación Cristiana*, por Bravo y Tudela.

acción oratoria, y que de esta posición de los pies depende sobre manera la agilidad y el buen porte de todo el discurso.»

b) Algunos señalan que la mejor postura de los pies es el tenerlos algo separados, no paralelos sino formando ángulo; ó es útil poner el pie derecho un poco más delantero que el izquierdo.

Si el púlpito es espacioso, naturalmente han de ser más holgados los movimientos del predicador; pues parecería muy mal que se clavase como estatua siempre en un mismo punto fijo. Por tanto, sin ponerse á pasear, cuide el predicador de llenar todo el púlpito con una acción holgada y majestuosa.

CAPÍTULO IV

Aforismos de Declamación

1. Todas las enseñanzas que hemos dado acerca de la pronunciación y acción oratorias están expresadas brevemente en los siguientes aforismos (1):

a) La voz sea sonora, la pronunciación limpia y apta, y el ejercicio continuo. Esto último es mejor que los preceptos teóricos.

b) Se ha de dar toda la expresión al semblante y particularmente á los ojos: una mirada expresiva sirve para atraer más que cualquier gesto y palabra.

c) Estudiad á los maestros del arte, mas no os esforcéis en imitarlos servilmente. Lo bello en la declamación tiene muchos aspectos, tantos cuantos son los individuos que declaman.

d) La comparación es buena escuela de desengaño; por eso en vez de vanagloriaros, poned delante de vosotros á los que os superan, y trabajad por emularlos y aventajarlos.

e) Aunque os parezca que declamáis una composición con toda la delicadeza del arte, siempre es preciso enmendar ó corregir, añadiendo ó quitando; pero sin desfigurar la belleza por sobrado artificio.

f) No os desaniméis por tener algún defecto natural; pues no todos los defectos son incorregibles: el arte y el ejercicio sirven bastante para enmendar muchos vicios.

---

(1) Estos aforismos de declamación están tomados libremente de los *veinticuatro* que trae Lorenzo Badioli en su *Declamación sagrada, forense, académica*, etc. Madrid, 1866, y lo sacamos de la otra *Declamación* impresa en Vich.